

ES UNA MUJER LA QUE HABLA: MARIE DE GOURNAY*

Marie de Gournay fue una autora reconocida en toda la Europa erudita de su tiempo. El humanista flamenco Justo Lipsio, gran amigo y admirador de Montaigne, que ella conocía y con el que mantuvo una gran amistad hasta su muerte, fue quien primero la dio a conocer, sobre todo a través de las cartas que se intercambiaron y que este publicó en 1590. En su extensa obra, en la que se sirvió de varios géneros para emprender su viaje intelectual y expresar sus ideas y su pensamiento, los intereses de las mujeres (o «del sexo», como se decía entonces) ocuparon un lugar privilegiado. Se inició en las letras siendo muy joven, en 1588, con un relato de ficción y no dejó de escribir hasta poco antes de morir, en 1645. Aunque su labor más conocida sea la de editora de los *Ensayos* de Michel de Montaigne, su obra va más allá, pues en ese largo camino de escritura cultivó desde la poesía o la ficción hasta el ensayo. De modo que su obra es amplia y compleja y adquiere toda su dimensión situándola en el contexto histórico y político de su tiempo, con el que la autora se comprometió activamente.

Su obra ha resultado incómoda para la historia del pensamiento y su figura lo fue también para algunos de sus contemporáneos. Por un lado, se erigió en heredera usufructuaria del legado intelectual de Montaigne, un honor que algunos consideraron que no merecía. Por otro, se atrevió a irrumpir en la élite intelectual sin pedir permiso y sin disponer de los atributos establecidos como adecuados, brindando a esa comunidad de *savants* un análisis agudo sobre los mecanismos de desautorización que sufrían las mujeres eruditas y una argumentación bien trabada sobre la igualdad de

* Queremos agradecer a Ana Romero de Pablos y a Txetxu Ausín su confianza y el apoyo entusiasta que han prestado a este proyecto. A Mónica Bolufer Peruga debemos una generosa lectura y oportunas sugerencias a nuestro manuscrito. Teresa Ortiz Gómez y Fernando Salmón Muñiz nos han ofrecido su ayuda en diversos momentos del desarrollo de este trabajo, cuya realización se ha beneficiado del proyecto HAR2011-25135, Secretaría de Estado de Investigación, Ministerio de Economía e Innovación.

los hombres y las mujeres. Su labor intelectual, en todas sus facetas, fue desde el primer día objeto de controversias: demasiado antigua para algunas, demasiado moderna para otros. Pero a pesar de las polémicas, Marie de Gournay no ha podido ser completamente borrada de la historia de la filosofía, donde ha tenido una presencia serpenteante pero insidiosa. Es más, el tiempo ha corrido a su favor.

Durante los siglos XIX y XX, el feminismo no solo abrió para las mujeres horizontes de libertad y de igualdad, sino también puertas por las que mirar al pasado con ojos más atentos a las vidas de las mujeres, a sus realidades y a sus acciones. Nos ha ofrecido, también, métodos para rescatar del olvido o de las orillas de la tradición filosófica a mujeres cuya aportación a la historia del pensamiento había sido relevante, iluminando para ellas un espacio en el que muchas irradian ahora luz brillante.

Marie de Gournay es, sin duda, una de ellas. Recuperada por el feminismo académico, a finales de siglo XX sus obras sobre la igualdad y en defensa de las mujeres se difundieron entre el gran público, especialmente en Francia, al calor de las editoriales de mujeres.¹ Al mismo tiempo, las historiadoras de la filosofía le reservaron un lugar en las genealogías que estaban haciendo visibles.²

Como resultado de todo ello, hoy puede decirse que su aportación a la historia del pensamiento está reconocida, aunque no siempre en la medida en la que creemos que merece. En España, de la mano de historiadoras y filósofas su figura comparece de modo puntual en aproximaciones a la historia de la Querella de las Mujeres o a la historia de la idea de igualdad de los sexos, pero no abundan las aportaciones monográficas sobre ella.³ Con este libro quisiéramos contribuir a afianzar un reconocimiento que Marie de Gournay se ganó con su esfuerzo y con su inteligencia, y difundir un legado que contiene todavía mucho por descubrir. Diciéndolo con palabras de Fina Birulés, hemos tratado, en definitiva, de realizar un trabajo constructivo en «la recuperación histórica de la obra y de la palabra

¹ GOURNAY, Marie de. *Égalité des hommes et des femmes*, preface de Milagros Palma, Paris, Côté femmes éditions, 1989.

² ZEDLER, Beatrice H. «Marie le Jars de Gournay», en Mary Ellen Waithe (ed.), *A history of women philosophers. Volume 2, 500-1600*, Dordrech, Kluwer, 1989, pp. 285-307.

³ OTERO, Mercè. «Christine de Pizan y Marie de Gournay. Las mujeres excelentes y la excelencia de las mujeres», en Rosa María Rodríguez Magda (ed.), *Mujeres en la historia del pensamiento*, Barcelona, Anthropos, 1997, pp. 77-94; GLEICHAUF, Ingeborg. «Marie de Gournay», en *Mujeres filósofas en la historia. Desde la Antigüedad al siglo XXI*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 50-54; FORCADES, Teresa. «Marie de Gournay, Bathsua Makin y Anna Maria van Schurman», en *La teología feminista en la historia*, Barcelona, Fragmentos, 2011, pp. 93-108.

de las mujeres y ello no solo para reparar una injusticia, sino también para señalar las lagunas del saber dominante».⁴

UNA AUTORA SINGULAR

Para comprender la vida y la obra de Marie de Gournay en toda su extensión es preciso valorarlas desde su complejidad y su singularidad, teniendo en cuenta que se desarrollaron en un mundo en el que se estaban reconfigurando las relaciones entre los sexos con la participación muy activa de mujeres significativas en la cultura y la política de la época, así como en un contexto de profundos conflictos sociales y políticos, dominado por las guerras de religión en Francia.

Un rasgo muy vivo de la obra de Gournay es que presenta su pensamiento apegado a la propia experiencia de vida, reflejándola explícitamente e incluso más abiertamente que su admirado Michel de Montaigne. Se preocupó por construir en su obra la imagen que ella quería proyectar y transmitir a la posteridad, en un ejercicio incesante y muy meditado de evaluación y explicación de sus circunstancias, señalando abiertamente la singularidad de su condición de mujer. Con ese propósito, escribió en 1616 una pequeña biografía, *Copia de la vida de la doncella de Gournay*, publicada en 1626, y en la que anunciaba su deseo de ampliarla posteriormente. Y así ocurrió, en 1634 publicó un poema, *Peinture de moeurs*, donde se presenta como una mujer racional y sentimental, de expresión directa, sin interés por el dinero pero sí por la gloria. Asimismo, muestra su ambición intelectual y su interés por el conocimiento de las artes y las letras, al tiempo que manifiesta su desprecio por la ambición pomposa de la corte y reconoce que carecía de la profunda piedad que le habría gustado tener. En *Apología de la que escribe* resume otros aspectos concretos de su biografía y se defiende airadamente de los ataques que recibe. De su defensa de las mujeres y de la igualdad entre los sexos, ha dejado textos específicos revisados y perfeccionados a lo largo de su vida, si bien, este interés aparece reflejado en toda su obra, en la que desarrolla un pensamiento abierto y libre puesto de manifiesto desde sus inicios como escritora.

Aunque perteneciente a la aristocracia de Picardía, en el norte de Francia, Marie de Gournay nació en París en 1565 en los años turbulentos de las guerras civiles de religión. Era la mayor de una familia de cuatro hi-

⁴ BIRULÉS, Fina. «Introducción. Notas sobre tradición y pensamiento filosófico femenino», en Fina Birulés y Rosa Rius (eds.), *Pensadoras del siglo xx. Aportaciones al pensamiento filosófico femenino*, Madrid, Instituto de la Mujer, 2011, p. 9.

jas y dos hijos. Su madre, Jeanne de Hacqueville, provenía de una familia con intereses intelectuales y algunos de ellos fueron de gran ayuda para el logro de las ambiciones de Marie. Su padre, Guillaume le Jars, era tesorero y secretario de la cámara del rey. Murió siendo ella muy joven, cuando tenía solamente trece años. Después de su muerte la situación económica de la familia se fue deteriorando y las deudas se incrementaron como consecuencia de las guerras civiles y los gastos ocasionados por la formación y el desarrollo de la carrera militar del hermano mayor. Con el fin de disminuir los gastos, Jeanne de Hacqueville decidió dejar París y trasladarse con la familia a vivir en Gournay-sur-Aronde, en Picardía, donde se encontraba el señorío que Guillaume le Jars había comprado unos años antes y que constituía el núcleo patrimonial más importante de la familia. Fue de ese señorío del que Marie decidió tomar su apellido, contraviniendo con ello el derecho de primogenitura masculina que excluía a las hijas del derecho a heredar la parte sustancial de una herencia familiar y, unido a ella, su patronímico. Ella consiguió únicamente este valor simbólico pues el señorío de Gournay, el legado más relevante, pasó a ser propiedad del hermano mayor, Charles. En cambio, en ese reparto de beneficios y responsabilidades que la tradición establecía, a Marie le correspondió hacerse cargo de la familia, que quedaba en una difícil situación económica, después de la muerte de la madre, en 1591. En esas circunstancias, debió encargarse, en solitario, de casar a sus tres hermanas y velar porque prosiguiera la formación de los dos hermanos, así como de solventar las deudas con los pocos recursos de que disponía la familia, dado que los hermanos, especialmente el mayor, se desvincularon de toda responsabilidad familiar y no solo de la económica.

A pesar de las dificultades, ella estaba resuelta a emprender una vida más allá de lo que la tradición reservaba a las mujeres, por lo que, en Gournay la joven autodidacta se dedicó a estudiar y así aprendió latín y griego para poder leer y formarse en los clásicos, robando tiempo a todas esas otras ocupaciones. Y como, además, sabía que su deseo de entrar en el mundo público y erudito requería una libertad que se vería coartada por el matrimonio decidió abandonar esa opción, siguiendo una senda muy transitada por sus contemporáneas, pues en el siglo XVII se acogían al celibato en cotas muy altas, aunque no siempre fuera para dedicarse a las letras.⁵ En este sentido, a pesar de que fue por ello ridiculizada por algunos de sus críticos, ella insistió durante toda su vida en designarse como don-

⁵ En el siglo XVII el número de mujeres célibes era muy alto, en torno a un 25 % de la población, VIENNOT, Éliane. *La France, les femmes et le pouvoir. Les résistances de la société (XVIIe-XVIIIe siècle)*, vol. II, Paris, Perrin, 2008, p. 116.

cella (*demoiselle*). Sus ideas sobre las limitaciones que imponía el matrimonio convencional las expresó en su primera publicación, *Le promenoir de monsieur de Montaigne*, en la que denuncia la supremacía del sexo masculino y el sometimiento de las mujeres en el matrimonio, una institución clave en las relaciones de desigualdad entre los sexos.

En este camino en busca de su libertad, emprendido desde su juventud, tuvo que afrontar muchos obstáculos. Algunos los da por supuestos pues conoce la dificultad de caminar fuera del empedrado: «Todo el mundo dirá que una mujer hace mal cuando no actúa como las demás [...]. Quien quiera seguir el recto camino debe abandonar el camino trillado».⁶ Con lo que quizá no contaba era con los ataques furibundos que su persona y su obra iban a padecer. Sin embargo, no se identificó como víctima, sino como autora que quería ver reconocida su autoridad. Por ello luchó denodadamente contra las críticas y calumnias de las que fue objeto, afirmándose y presentándose como autora en un espacio de gran vulnerabilidad para el sexo femenino. Fue reconocida en vida y ese reconocimiento se amplió después de su muerte en 1645: tanto admiradores como detractores estuvieron de acuerdo en que era una mujer extraordinaria.⁷ Entre sus contemporáneos era conocida como «la Minerva francesa», «la Sirena de Francia» o «la décima Musa»;⁸ este último elogio fue muy querido en el Barroco y adscrito también a Juana Inés de la Cruz.⁹

La fama de Gournay como erudita, en sus múltiples facetas como traductora, literata y ensayista, pronto la llevó a formar parte de las compilaciones de loas y vidas de hombres y mujeres ilustres, un género que, rescatado por el humanismo de sus orígenes clásicos, era muy apreciado en toda Europa. Si hasta entonces estos catálogos tendían a compilar separadamente vidas de uno y otro sexo, entre finales del siglo XVI y primeros del XVII proliferaron en paralelo los que incluían vidas y elogios de hombres y mujeres, sin que por ello dejaran de publicarse los dedicados exclusivamente al sexo femenino. En unas y otros se incorporaban, como novedad,

⁶ GOURNAY, Marie de. «Le promenoir de monsieur de Montaigne», en *Oeuvres complètes*, édition critique par Jean-Claude Arnould, Évelyne Berriot, Claude Blum, Anna Lia Franchetti, Marie-Claire Thomine et Valerie Worth-Stylianou, vol. II, Paris, Honoré Champion, 2002, pp. 1356-1357.

⁷ ISLEY, Marjorie. *A daughter of the Renaissance: Marie le Jars de Gournay*, The Hague, Mouton, 1963, Appendix IX, pp. 296-298.

⁸ Así la designó Dominicus Baudius, según refiere COSTE, Hilarion de. *Les Eloges et vies des reynes, princesses, dames et demoiselles illustres*, tome II, Paris, Sebastien Cramoisy, 1647, p. 668.

⁹ JUANA INÉS DE LA CRUZ. *Fama y obras posthumas del Fenix de Mexico, decima musa, poetisa americana, sor Juana Ines de la Cruz*, edición de Juan Ignacio de Castorena y Ursua, Madrid, Imprenta de Manuel Ruiz de Murga, 1700.

Num. 122

485

DIARIO DE



VALENCIA

Del Lunes 30. de

Octubre de 1797.

SAN VICTORIO MÁRTIR.

Está la Indulgencia de las Quarenta Horas en el Colegio de San Pio V.: se descubre á las 8. de la mañana, y se reserva á las 6. de la tarde.

MUGER ILUSTRE.

La noble Señora Maria de Guarnay.

NO admite duda alguna el que los hombres dotados de sinceridad, y que no ven su corazon avasallado del fanatismo; que es una plaga casi comun, y de la que sin mucha vigilancia y desinterés apenas se ven libres los mas de los Escritores; reconocen por digna de nuestra veneracion y aprecio la virtud y literatura en qualquier sugeto, sea de la condicion, patria y estado que sea, y aun quando los naturales sentimientos parecen se dirigen por opuesto rumbo, y presentan á la imaginacion mil fugidos para evadir lo que se les fuera opuesta á sus designios. No soy yo tan sobervio que me atribuya el discernimiento de los sabios, ó la conducta ménos expuesto á desviarme de la razon; pero sin embargo hallo en mí un no sé qué, (pues no me atrevo á llamarlo rasgo de sinceridad) que me hace discernir algun tanto el mérito, y aun privilegia mi corazon con cierta mayor estimacion lo mejor en comparacion de lo bueno. Este es el motivo que hoy me obliga á teger el elogio de la ilustre Señora Maria de Guarnay, y el que me ha forzado á advertir lo susodicho para dar satisfaccion á algunos. Esta sabia Señora merece una pluma de mayor grandeza que la mia, pues sus raras prendas la colocan en uno de los mas encunbrados solios del templo de Minerva, en uno de los mas

Artículo de dos páginas sobre Marie de Gournay publicado en el Diario de Valencia el 30 de octubre de 1797.

© Biblioteca Històrica. Universitat de València.

Agradecemos a esta institución la cesión de los derechos de reproducción.

sublimes laureles del Parnaso , pues coronarla con sus ramas sería muy poco , y en una de las estancias mas recónditas del alcázar de la virtud. Nació en París de doble familia , bien que lo ilustre de sus prendas constituyen su mayor blason , y su más acendrada nobleza. Aquel dulce atractivo de que la dotó naturaleza , aquella inata honestidad que brilló en su porte por el discurso de su vida , aquella conversacion dulce y cariñosa sin afectacion , aquel fondo de verdadera sabiduría que admiraron los hombres mas sabios de su siglo , y finalmente aquel conjunto de prendas de alma y cuerpo , que encantaban á quantos la trataron personalmente ó por cartas , le adjudican con la mayor propiedad el título de *Sirena Francesa* , que le atribuyó el primero el Sabio Dominico Baudío. Fue tan gloriosa la fama de su ingenio y literatura , que apenas hubo hombre grande en su tiempo , que no tuviese á mucho honor el tener con María de Guarnay comercio Epistolar. En su gabinete se hallaron quando murió varias cartas de los Cardenales Richelieu , Bentivello , y Perron. Por su virtud mereció que la escribiese algunas veces San Francisco de Sales , y otros esclarecidos Prelados. Los Príncipes la estimaron , la aplaudieron y la honraron. Así lo acreditan las cartas que la escribió Carlos primero Duque de Mantua , el Conde de Ales. Ericio Puteano , Justo Lipsio , Mons. Balzac , Maynardo , Heinsio , César Capacio , Carlos Pinto , y otros muchos de erudicion sobresaliente conservaron con ella singular trato. Mas se podría decir , pero con esto poco logré el intento de alabar á quien algunos han intentado vilipendiar.

LETRILLA FINAL.

Al fin de mis Letrillas,
Bien mío y dulce Dueño,
Conozco fui pesado:
De todo, mi Jacinta, me arrepiento.
Esforcé mis discursos:
Fui soso y poco acepto;
Gané algun enemigo:
Hubo, quien me buscó con mucho afecto.

personajes contemporáneos poco presentes en los catálogos del primer humanismo, que ahora sin embargo pasaban a integrarse en esas colecciones y las mujeres eruditas, todavía en vida, fueron también incorporadas a esas compilaciones. Así, Gournay pasó enseguida a formar parte de esas colecciones de vidas y elogios de personas ilustres, y a ello se refirió ella misma en la *Apología de la que escribe*.

Esa inclusión, sin duda, proyectó la figura de Marie de Gournay no solo durante su vida, sino también a la posteridad. De hecho, esas compilaciones y catálogos estaban en uso siglo y medio después, sirviendo de base para la redacción de las galerías de mujeres ilustres que fueron tan queridas durante la Ilustración. De hecho, también la prensa fue una gran difusora de esas galerías, como ha mostrado Mónica Bolufer. Concretamente, en octubre de 1797 el *Diario de Valencia* publicaba, en el marco de una serie que elogiaba a las mujeres ilustres, un artículo dedicado a Marie de Gournay.¹⁰

La loa recoge unos datos muy básicos sobre su figura y cabe resaltar que el autor del artículo no incluía el nombre de Montaigne entre la lista de eruditos que la elogiaron en su tiempo, como hacían los autores de quienes tomaba la información.¹¹ Tal vez puedan relacionarse con este silencio las condenas inquisitoriales de la obra de Montaigne, así como una prohibición general de los libros franceses, vigente entonces.¹² En este mismo sentido, quizá deba interpretarse la mención final que el anónimo autor del *Diario de Valencia* hace a la controversia que acompañó la labor erudita de Marie de Gournay: «Más se podría decir, pero con esto poco logré el intento de alabar a quien algunos han intentado vilipendiar».¹³

Desde una perspectiva histórica, se hace preciso tener presente la figura de Michel de Montaigne en el proyecto intelectual de Marie. Un hecho significativo en su vida ocurrió cuando tenía dieciocho o diecinueve años y leyó los *Ensayos* que él había publicado por primera vez en 1580. La lectura de este libro despertó en ella tal interés por el autor que, como explicó en la *Copia de la vida de la doncella de Gournay*, «empezó a querer conocer y comunicarse con su autor, deseando su benevolencia más que cualquier otra cosa en este mundo». De modo que este deseo de conocer-

¹⁰ BOLUFER PERUGA, Mónica. «Galerías de “mujeres ilustres” o el sinuoso camino de la excepción a la norma cotidiana (ss. xv-xviii)», *Hispania*, 60, 1 (2000), pp. 181-224. La cita a Gournay en p. 215.

¹¹ Es posible que utilizara el texto de Hilarion de Coste, pues menciona la loa de Dominicus Baudius en términos parecidos, véase nota 8.

¹² DURÁN LUZIO, Juan. «Michel de Montaigne ante sus censores hispánicos», *Revista Chilena de Literatura*, 50 (1997), pp. 51-64, espec. pp. 55-56.

¹³ *Diario de Valencia*, 30 de octubre de 1797, p. 486.

lo personalmente para poder discutir con él la multitud de cuestiones que rondaban por su cabeza, se convirtió en el sueño de su vida y en él puso su empeño hasta que lo logró. La desesperación que sintió cuando le llegaron noticias de que Montaigne había muerto, la sumió en un estado de excitación tal que la madre llegó a temer por su salud. Como la propia Marie relató años después en la autobiografía que escribió refiriéndose a sí misma en tercera persona: «toda gloria, toda felicidad y toda esperanza de enriquecer su alma, quedaban segadas por la pérdida de la tan ansiada conversación y amistad con semejante espíritu». La felicidad, sin embargo, volvió a su ánimo cuando supo que el autor de los *Ensayos* estaba vivo y se encontraba en París.¹⁴ En 1588, estando en esa ciudad, donde su madre la había llevado para presentarla en la corte con la pretensión de buscarle un marido, se enteró de la noticia e inmediatamente le envió una nota expresándole su estima tanto por su persona como por su libro y manifestando su deseo de reunirse con él. La respuesta de Montaigne fue rápida y favorable al encuentro. En esa primera reunión, este resultó tan impresionado por la inteligencia y el interés de la joven Gournay por su obra que aceptó la invitación que le hicieron su madre y ella misma y les acompañó a Picardía donde permaneció varios meses. Allí, Gournay y Montaigne estuvieron trabajando conjuntamente, corrigiendo y ampliando la edición de los *Ensayos* que el autor acababa de publicar, en junio de 1588, siguiendo su costumbre de someter a continua revisión su obra. Allí sellaron las relaciones de alianza padre e hija.

LA FILLE D'ALLIANCE DE MONTAIGNE

La fuerte relación afectiva e intelectual entre Gournay y Montaigne ha dado lugar a muchas especulaciones,¹⁵ a pesar de que las relaciones de este tipo eran comunes en el siglo XVI.¹⁶ A ello ha contribuido, probablemente, la diferencia de edad —ella tenía veintitrés años y él cincuenta y cinco cuando se conocieron— y, sin duda, la libertad de aquella al expresar sus sentimientos, los cuales formulaba de muy diversas maneras, unas veces de forma directa y otras teñidos de cierta ambigüedad, a lo que se unen las ideas relativas al amor y la amistad de Montaigne, así como los elogios que de ella hizo y que plasmó en los *Ensayos*:

¹⁴ Michel de Montaigne murió en 1592.

¹⁵ ISLEY. *A daughter of the Renaissance*, p. 31, nota 19.

¹⁶ HOROWITZ, Maryanne Cline. «Marie de Gournay, editor of the *Essais* of Michel de Montaigne. A case-study in mentor-protégée friendship», *The Sixteenth Century Journal*, 17, 3 (1986), pp. 271-284.

Me ha complacido hacer públicas en muchos sitios mis esperanzas sobre Marie de Gournay le Jars, mi hija de alianza —y ciertamente amada por mí mucho más que paternalmente, e implicada en mi retiro y mi soledad, como una de las mejores cualidades de mi propio ser—. No miro sino a ella en el mundo.¹⁷

Este controvertido fragmento, en el que se centran buena parte de las especulaciones sobre la naturaleza de la relación, Gournay lo retiró parcialmente de la última edición que realizó de los *Ensayos*, en 1635, como veremos más adelante.

En 1588, cuando Michel de Montaigne dejó Picardía para regresar a Burdeos, Marie de Gournay se dispuso a escribir un relato de ficción, cuya trama es una historia amorosa, un tema sobre el que ambos habían debatido unos días antes, que tituló *Le promenoir de monsieur de Montaigne par sa fille d'alliance*¹⁸ y que publicó en 1594. Esta narración, su primera obra, es un homenaje a su padre de alianza y a él se la dedica: *A Michel, monsieur de Montaigne*. En torno al tema central del amor, la autora elabora una crítica de las relaciones entre los sexos, basada particularmente en la subordinación femenina en la institución matrimonial. Con ello, pone de manifiesto su preocupación por la igualdad de los sexos, que estará presente y se irá desarrollando a lo largo de su obra. Tanto esta dedicatoria como el contenido han contribuido a que *Le promenoir* sea un texto significativo en la interpretación de la relación Gournay-Montaigne. Concretamente, ha contribuido a sembrar dudas y propiciar especulaciones sobre esa relación en el plano afectivo-sexual, suponiendo que podría ir más allá del vínculo paternofilial.

Sin embargo, aunque ha sido en el siglo xx cuando la cuestión se ha formulado explícitamente en términos eróticos,¹⁹ Marjorie Isley, su primera biógrafa, sostiene que entre ellos existía una «generosa y filosófica amistad», según la propia expresión del autor de los *Ensayos*. Isley considera que el aprecio de Marie por el escritor era inseparable de su profundo afecto, de manera que «una especie de adoración por el hombre se mezclaba con su estima por el autor», correspondida por parte de aquel con una sincera admiración de la singular e inteligente joven.²⁰

¹⁷ «La presunción», en MONTAIGNE, Michel de. *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*, prólogo de Antoine Compagnon, edición y traducción de Jordi Bayod Brau, Barcelona, Acantilado, 2007, Lib. II, cap. XVII, pp. 999-1000.

¹⁸ GOURNAY. «Le promenoir de monsieur de Montaigne», en *Oeuvres complètes, édition critique*, vol. II, pp. 1288-1374.

¹⁹ Véase FOGEL, Michèle. *Marie de Gournay: Itinéraires d'une femme savante*, Paris, Fayard, 2004, pp. 48-49.

²⁰ ISLEY. *A daughter of the Renaissance*, pp. 26-27.

A pesar de todo, no hay evidencia de cómo fue verdaderamente la relación afectiva-amorosa entre Marie de Gournay y Michel de Montaigne. La ausencia de información ha provocado zonas de sombra que han alimentado ciertas fantasías, sin duda favorecidas por la desaparición de la correspondencia que mantuvieron desde la estancia de aquel en Picardía y que duró hasta su muerte en 1592. Sabemos de la existencia de estas cartas porque Gournay anunció a Lipsio su intención de publicarlas, en una carta en 1596.²¹ De hecho, había previsto un lugar para esa correspondencia en la nueva edición de *Promenoir* que estaba preparando y la decisión de no hacerlo debió ser de última hora, pues «la numeración marca unos treinta folios que faltan».²² A partir de este momento, se pierde la pista sobre este epistolario.

En el plano intelectual Gournay ha sido presentada, con frecuencia, como la hija adoptiva de Montaigne, su fiel discípula y siempre dependiente de las ideas de este, ocultando e incluso negándole de ese modo su capacidad creativa y su originalidad. Es decir, se ha insistido en este apelativo haciéndolo intercambiable con el de hija de alianza. Con esa manera de formular la relación se pone el énfasis en la subordinación al padre, dándole un tono negativo que la minimiza: al ponerla bajo la sombra del gran Montaigne se destaca su pasividad y se oculta su dimensión crítica y subversiva. Sin embargo, Marie de Gournay ha insistido en sus textos en que su relación con su segundo padre es de alianza entre dos sujetos activos que dialogan y se respetan mutuamente. Paradójicamente, esa calificación de fiel discípula ha ido unida a la crítica que se le hacía como editora de los *Essays* por la supuesta falta de fidelidad al autor, precisamente. Esta visión, indudablemente limitada, de la editora y autora empezó a cambiar en el siglo xx cuando la investigación feminista y la historia de las mujeres cambiaron la percepción androcéntrica en la que había sido sumida. De modo que en el presente los nuevos estudios sobre su vida y su obra nos proporcionan una visión menos sesgada, más receptiva y fiel a la multitud de datos históricos que permiten la emergencia de otra imagen. Esto es, al situarla en su contexto y estudiarla por sí misma se percibe una imagen en la que ella brilla con luz propia, y no con un haz que la ilumina desde fuera, como si de un satélite se tratara.

Es cierto que el nombre de Marie de Gournay está vinculado al de Michel de Montaigne y que, tal vez, sin esa relación ella no hubiera editado y reeditado los *Essays*, lo que, en cierto modo, facilitó su inmersión

²¹ GOURNAY, Marie de. «Lettre de Marie de Gournay à Juste Lipse (2 mai 1596)», en *Oeuvres complètes*, édition critique, vol. II, 2002, p. 1939.

²² FOGEL. *Marie de Gournay: Itinéraires d'une femme savante*, p. 96.

en el mundo erudito de su tiempo —que ella buscaba con insistencia y en el que fue introducida por Justo Lipsio— y favoreció la publicación de su propia obra. Pero, es cierto también que Gournay, además de reconocerlo como maestro, buscaba en esa relación una reciprocidad, sustentada en un diálogo en el que ella tuviera voz propia, pues consideraba que tenía ideas valiosas que merecían ser escuchadas. Por lo que es pertinente preguntarse: ¿Fue solamente Michel de Montaigne quien influyó en Marie de Gournay? ¿Existió una influencia de Marie de Gournay sobre aquel? Y en el mismo orden de ideas, ¿qué papel jugó Gournay en la vida intelectual de Montaigne? Son preguntas todas ellas que se hacen pertinentes en ese marco de reciprocidad. Resulta significativo, por ejemplo, que Montaigne después de conocerla eliminara de la copia de los *Ensayos* que se conoce como «ejemplar de Burdeos» el siguiente fragmento, que había escrito a la muerte de su íntimo amigo, el poeta Étienne de La Boétie:

Sé que no dejaré detrás de mí a nadie tan entregado y que me comprendiera tan bien como él [La Boétie] lo hizo. No queda nadie a quien poder revelar totalmente mi ser: solo él conocía mi verdadero ser, y se lo llevó.²³

Tal vez el comentario había perdido su sentido original pues había encontrado en Marie de Gournay a esa persona que nunca pensó encontrar de nuevo. E, irónicamente, que esa persona fuera de sexo femenino le daba un nuevo significado: una mujer capaz de subvertir sus opiniones sobre el bello sexo.

Marjorie Isley ha sugerido que, tanto en las conversaciones que mantuvieron en Picardía como a través de las cartas que se intercambiaron (por ahora desaparecidas), debieron debatir sobre temas que eran de gran interés para Marie, como eran las relaciones entre los sexos y la desigualdad dominante: «conociendo la fuerte convicción de Marie sobre la materia [igualdad de los sexos], se puede asegurar que lo discutió con Montaigne».²⁴

Por otra parte, en cuanto a las ideas del autor de los *Ensayos* sobre el sexo femenino, Lula McDowell Richardson ha señalado «la dificultad de decidir cuál es la opinión real de Montaigne dada la diversidad de declaraciones que realiza sobre las mujeres»,²⁵ pues son numerosas las valoracio-

²³ Cf. ISLEY. *A daughter of the Renaissance*, p. 35, nota 27.

²⁴ ISLEY. *A daughter of the Renaissance*, p. 202.

²⁵ RICHARDSON, Lula McDowell. *The forerunners of feminism in French literature of the Renaissance, from Christine de Pisan to Marie de Gournay*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1929, p. 125.

nes contradictorias que sobre la cuestión aparecen en las sucesivas ediciones de los *Ensayos*.

En esa dirección, la crítica ha señalado, concretamente, que determinados cambios en su obra como la modificación del capítulo «De la amistad» que Montaigne realizó después de su paso por Gournay-sur-Aronde, introduciendo un fragmento en el que imagina la existencia de una mujer capaz de una «unión perfecta» con un hombre, obedecen probablemente a la influencia de Marie.²⁶

Asimismo, resulta evidente que con ella mantenía un intercambio intelectual que sin duda le haría cuestionar sus ideas y opiniones —con frecuencia desfavorables— respecto al sexo femenino.²⁷ A la luz de los estudios actuales, existe un amplio acuerdo en que la relación con ella era diferente a la que había tenido con otras mujeres.²⁸ De hecho, el autor de los *Ensayos* acaba reconociendo que «las mujeres no se equivocan del todo cuando rehúsan las reglas de vida vigentes en el mundo, porque las han establecido los hombres sin su intervención».²⁹ Por lo que no es aventurado sostener que el autor introdujo cambios influido por las ideas de Marie, sobre las que discutió con ella tanto durante su estancia en Gournay-sur-Aronde como, probablemente, por carta.

En conclusión, cabe afirmar que se ha cuestionado el insistente énfasis en resaltar los frutos que la hija habría obtenido por su relación de alianza paterno-filial, sin considerar la reciprocidad de esa relación ni tener en cuenta la evolución biográfica de Gournay. De modo que sin negar la existencia de tales beneficios, lecturas más atentas sobre esa relación han permitido sacar a la luz el papel fundamental que aquella jugó en darlo a conocer e, incluso, introducir a Montaigne entre los propios eruditos franceses. Ella contribuyó de un modo fundamental a su proyección pública, a la difusión de su fama, con su constante preocupación por reeditar y publicar —y no solo en Francia— sus *Ensayos*.

²⁶ CHOLAKIAN, Patricia Francis. «The economics of friendship: Gournay's *Apologie pour celle qui écrit*», *Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 25, 3 (1995), pp. 407-417; FOGEL. *Marie de Gournay: Itinéraires d'une femme savante*, p. 124.

²⁷ LÓPEZ FANEGO, Otilia. «Algunas reflexiones acerca de la mujer en Montaigne y en Cervantes», *Anales Cervantinos*, 19 (1981), pp. 105-117.

²⁸ Montaigne tenía una especial curiosidad por las cortesanas, véase BALMAS, Nerina Clerici. «Les cortesanes de Montaigne», *Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 25, 3 (1995), pp. 501-509.

²⁹ MONTAIGNE. *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*, Lib. III, cap. V, p. 1274.